

VII

Como debe suponerse, una conversación terrible sucedió á los anteriores acontecimientos; los celos más espantosos animaban mis palabras, y la infeliz María temblaba como un niño, procurando con las protestas más sinceras calmar mi enojo; lo que con tanta obstinación me había ocultado hasta entonces, me aseguraba en cierto modo de mis sospechas, y llegué hasta el caso de tratarla de falaz y traidora.

Entonces ella con una dignidad que me confundió, comenzó á hablar de esta manera.—“Voy á hacer á vd. una revelación tan costosa á nuestra felicidad, cuanto verá en lo sucesivo; pero antes de hacerlo es preciso que piense en que lo que exige de mi confianza le será extremadamente funesto, pues nos alejará más al uno del otro. Al principio me desconcertaron estas palabras; pero no obstante, ayudado de la presunción que la juventud inspira, y considerando que ningún inconveniente sería insuperable á mi amor, miré las reflexiones de mi amada ya como un vano fantasma que oponía á mi curiosidad, ó ya como una delicadeza de sentimientos exagerada y sin más vacilar le respondí que estaba resuelto á

sufrir cuanto de su revelación me sobreviniera. Ella habló en estos términos:

“En este mismo sitio en que ahora estamos, me dió mi madre á luz hace dieciocho años; tendría yo seis cuando murió mi padre y por su falta quedamos las dos en la miseria; mi madre entonces por salvarme de la mendicidad me llevó á Guadalajara á la casa de mi padrino, el que me acogió como á un miembro de su familia, volviéndose ella á este pequeño rancho, en el que subsistió en lo sucesivo más bien que con los productos de sus terrenos, pues éstos son muy miserables, con las labores de sus manos y con la limosna de los vecinos. La separación de mi madre fué mi primer ensayo en la carrera de los males que he sufrido, pues aún recuerdo que á pesar de ser entonces tan niña hice una gran pesadumbre; por lo demás, allí crecí con la estimación y cariño que hubiera deseado una verdadera hija; fuí educada con esmero, y mi madre que cada seis ú ocho meses venía á visitarme, se consolaba de mi ausencia con verme en una posición á que no hubiera podido llegar á su lado. Yo era medianamente feliz.

“Como mi padrino era bastante rico y estimado por sus prendas sociales en aquel lugar, de ahí provenía que en todas las diversiones y fiestas que había, se contara en primer lugar con él; yo ya había cumplido

quince años, pues hacía nueve que estaba bajo su amparo; y, ó ya sea porque en la juventud todas las mujeres tenemos algún atractivo, ó porque en realidad tuviera alguna gracia, todos me llamaban hermosa, y aunque según dicen, la vanidad es el flaco de las de mi sexo, yo oía los elogios que me prodigaban, con indiferencia, pues aunque ciertamente era una joven, por la educación inocente que había recibido, pensaba como una niña.

En el Carnaval de 1833, hubo en el lugar, como de costumbre, toros y máscaras; en ese año mi padrino estaba muy contento con motivo de una ganancia bastante cuantiosa que había tenido en su comercio, y para celebrarla determinó hacer un baile el último día de Carnestolendas, y que asistiéramos á las corridas de toros; así fué efectivamente. En ellas lucieron algunos hacendados de las inmediaciones, que en briosísimos caballos se pusieron á picar; entre ellos se hizo célebre por su atrevimiento y destreza un joven que se apellidaba López; con tal motivo fué el objeto de la conversación de muchos; todos ensalzaban su valor, pero algunos descendiendo á otras cosas, hablaron de su conducta muy desfavorablemente; yo todo lo escuchaba con indiferencia, pensando ya en mi madre que en esos días se hallaba en aquella ciudad, ó en el vestido de máscara que

me estaban disponiendo; cosa que cautivaba toda mi atención, pues era la primera vez que iba yo á disfrutar de un espectáculo que consideraba como una cosa asombrosa.

“En el primero y segundo día del Carnaval, á pesar de la ninguna prevención que pudiera tener, noté que López, aquel atrevido picador, clavaba los ojos en mí con una atención decidida; y el último cuando concluyó la corrida y salía yo de la plaza acompañada de mi padrino, aprovechándose López de la confusión que ocasionó la multitud de gente que se agolpaba á la puerta, tomándome una mano me introdujo en ella un papel, que yo solté tan luego como me dejó libertad para hacerlo; él hizo un gesto de enfado y me dirigió una mirada amenazadora; yo, ya sea por el modo grosero con que me había tratado, ó por las voces vagas que había oído proferir sobre su mala conducta, aquel hombre me repugnó sobremanera. Después llegando á mi casa me ocupé de toda preferencia en disponer los adornos con que pensaba engalanarme aquella noche; mi vestido era á la escocesa. Llegó por fin la hora del baile, mil enmascarados poblaron en un instante la sala, alumbrada por todas partes con esperma y rodeada de espejos. Sonó por fin la música, y los concurrentes comenzaron á formar grupos vistosísimos; al

precipitado wals sucedían las cuadrillas, á éstas la contradanza; yo estaba como encantada enmedio de todos, y con el auxilio de la careta que tanto sirve para evitar el embarazo, hablaba con todo el mundo. Pero como en los lugares cortos son tan marcadas todas las personas, de ahí provino que al cabo de dos horas, pocas de las que componían la concurrencia ignoraban, á pesar de mi disfraz, quién era yo, llamándome algunas por mi nombre, con muestras de triunfo. Entonces llegándose á mí una criada de casa me dijo al oído, que bajara yo con ella á una pieza que había en el patio y que me pondría un dominó sobre mis mismas vestiduras, para que pudiera sostener el anónimo en lo sucesivo, á lo que accedí con mucho gusto, bajándome en seguida á ejecutarlo.

“Cuando me disponía á subir nuevamente disfrazada, al atravesar el patio, ví que dos hombres enmascarados se dirigían á mí y acercándose más uno de ellos, me asió con suma fuerza de la cintura, al mismo tiempo que el otro me tapó la boca con una parte de mi mismo dominó: en vano busqué con los ojos á la infame criada para recibir de ella algún socorro; había desaparecido, porque estaba de acuerdo con los raptores. Por fin, aquellos malvados me llevaron, supendida entre sus brazos hasta un punto algo lejano; yo procurando

desacirme hice muchos esfuerzos; pero todos fueron inútiles, y nadie vió aquel suceso, porque era más de media noche; y habiendo llegado á un punto donde estaban dos caballos atados á un poste, me subieron en uno de ellos, montando en la grupa uno de los raptores, el que me apretaba contra la silla con una fuerza hercúlea, el otro nos siguió á caballo; pero como entonces me dejaron la boca libre, levantando la voz y con un acento penetrante comencé á pedir socorro; pero nada conseguí: nuestra marcha era muy veloz y á poco tiempo salimos á despoblado.

“Habríamos caminado como unas dos leguas, y como aquellos hombres no podían temer mi fuga, el que llevaba á mi espalda me dejó más libre, y entonces haciendo un movimiento rápido me arrojé del caballo á bajo, sin otra esperanza que la muy remota de entorpecer la marcha, á fin de ganar tiempo, y que antes de que llegáramos al cabo de nuestra jornada viniera la luz del día y con ella tal vez algún socorro, tan difícil en medio de la oscuridad y por unos caminos desiertos; pero aunque ciertamente logré por este medio suspender nuestra marcha algunos instantes, irritó de tal modo á los raptores, que uno de ellos tuvo la villanía de arrastrarme de los cabellos por la tierra, un buen trecho, y luego ayudándose mutuamente ambos, me vol-

vieron á subir al caballo. Después de una hora avistamos una casa aislada en medio de la llanura; era una hacienda. Cuando llegamos á ella, á la voz de uno de aquellos hombres feroces nos abrió la puerta un criado, el cual tomó los caballos cuando los dejamos."

Un rato de silencio siguió á esta triste relación; yo estaba tan irritado contra aquellos hombres viles, que pedía al cielo con todo mi corazón encontrarme con ellos. María después de tan breve pausa prosiguió hablando de esta manera:

"En una galería bastante larga, que llaman los labradores "troje," y que entonces ningunos granos encerraba, que tendría cincuenta varas de extensión y ocho ó diez de altura, ventilada únicamente por unas pequeñas aberturas que se veían en la parte superior de sus paredes y comunicada por una puerta única que daba á otra pieza que la seguía, fui introducida, en donde me dejaron sola. Esta triste estancia estaba alumbrada únicamente por una sola bujía; después oí ruido de llaves y pude ver que dos hombres introdujeron unos muebles, que se componían de una cama, una mesa y algunas sillas.

"Entre tanto, no podré explicar los padecimientos que experimentaba; el tormento más espantoso no es nada junto á lo que yo sentía; la imagen de aquellas fantas-

mas, de aquellas figuras enmascaradas se me representaba á cada paso, y mi situación me era tan extraña, que algunos ratos pensaba que todo lo que había sufrido y sufría era un sueño; pero al reflexionar con más detención, conociendo la verdad de todo, derramaba torrentes de lágrimas.

"Así pasé lo restante de aquella noche; y al día siguiente, cuando apenas había amanecido, lo primero que vi fué á un hombre todo contrahecho, con la nariz dividida completamente, que cojeando entró á mi prisión, pues así consideraba yo aquel recinto, y me sirvió el desayuno que apenas llegué á los labios, más bien por una fórmula que por gustarlo. Aquel hombre no habló una sola palabra. Yo, aunque deseaba hacerle algunas preguntas, no me determiné á nada, pues suponía, como después lo experimenté, que era muy adicto á los raptos; y cuando se separó de allí lo ví ausentarse con gusto, porque me asustaba su raquítica presencia; él mismo me llevó de comer al medio día, y en la noche la cena, siguiendo estos oficios en lo sucesivo.

"El dominó que llevaba yo puesto estaba todo desgarrado, y al quitármelo del cuerpo hirió mis ojos el hermoso vestido de escocesa que tenía debajo, y su vista fué para mí un manantial de reflexiones amarguísimas; era en verdad un contraste ex-

traño aquellas ropas de fiesta con el duelo justísimo que experimentaba mi alma.

“Al recordar que la víspera había sido uno de los días más agradables de mi vida, que estaba al lado de mi madre y de mi padre, á quienes amaba con un amor filial tan satisfecha y gozosa como una reina, y que en aquel momento no tenía delante de mis ojos más de un porvenir atroz, que todo el mundo me acusaría de un crimen, en que en vez de haber sido culpada era yo la víctima inocente, no pude menos de interrogar á la Providencia, por qué me había puesto en tan miserable estado; aunque después conociendo que ningún derecho tiene el hombre para investigar los decretos del Altísimo, me arrepentí de todo corazón de una culpa á que sólo el frenesí pudo haberme conducido, y rogué á la Virgen por mi salvación.

“Llegó la noche por fin, y cuando estaba yo más distraída en mis reflexiones amarguísimas, vi con espanto que abriendo con estrépito la puerta, entró un hombre á aquella estancia con una linterna en la mano, y fijándole la atención, conocí que no era la primera vez que lo había yo visto; cuando se acercó más, ya no me quedó la menor duda de que era López, aquel diestro picador que tantos aplausos arrancó en las corridas de los días anteriores al que acababa de expirar, y que puso en

mis manos aquel papel al salir de la plaza, que por haberlo yo dejado caer en tierra me miró con una expresión amenazadora. Entonces conocí que él era uno de los raptos que me habían llevado á aquella mansión de espanto; él manifestándose en aquel momento muy afectuoso, me saludó con una expresión extraordinaria. Tomando en seguida una silla se sentó cerca de mí; quizo abrazarme por el cuello; pero haciéndome á un lado lo impedí, dándole á mi fisonomía una expresión tan terrible, que ya no insistió por de pronto en su intento. Después me dijo: “Bella María, no quiero disculpar de ninguna manera mi conducta pasada; yo he sido el que ha arrancado á vd. del seno de su familia, de la tranquilidad de su hogar; la presencia de vd. me enamoró, y su desprecio hirió vivamente mi amor propio; por lo que determiné hacer á vd. mía, arrostrando por todo. Estando en mi poder, el único camino que le queda á vd. es el de admitir mis caricias, correspondiéndome con las suyas: el león más fiero suele ser dominado por un niño, cuando éste lo halaga; y aunque yo acaso debo aparecer á la vista de vd. como un hombre bárbaro, tal vez su ternura cambiará en lo sucesivo mi carácter. Yo amo; la naturaleza me dotó de pasiones fuertes, y éstas cuando son contrariadas, suelen causar muy tristes resultados; con que pien-

se vd. bien su respuesta, en la inteligencia de que cualquiera que sea, tendrá de ser mía.

“Las primeras palabras de este monstruo helaron mi alma; al paso que seguía hablando, un temblor fuerte sacudía todos mis miembros; pero cuando pasó la primera sorpresa, la indignación sucedió al miedo, y con la resolución que nunca hubiera creído tener, vituperé su conducta, con las expresiones más amargas, echándole en cara los medios infames de que se había valido para tenerme en su poder, y declarándole por fin que sus palabras amorosas como sus amenazas, tan sólo me inspiraban el más absoluto desprecio. Mientras que yo me expresaba de esta manera, la fisonomía de López tomaba una expresión horrible, y sin contestarme una sola palabra, se levantó de la silla que ocupaba y salió apresuradamente de la estancia, á la que volvió á entrar acompañado de otro hombre, el que después supe que era su hermano; el mismo que le había ayudado á la espantosa escena de la noche anterior, y el compañero en fin de todos sus crímenes. “María, me dijo: por última vez volveré á hablar sobre un punto que á la verdad me parece que se va haciendo largo; piense vd. que está en un lugar apartado, que ninguna esperanza de libertad le queda, pues nadie más que nosotros sabe, ni aun pue-

de saber su paradero, y que en vano implorará socorro; pues aun prescindiendo de que todos los habitantes de esta hacienda son mis súbditos, ninguno oiría sus lamentos, pues la estancia que pisamos está construida en el interior de toda la casa, y los dependientes de ésta viven en el exterior.

“Entonces yo, viéndome amenazada de esta manera, me puse yerta como un cadáver, y olvidando por lo pronto mi justo enojo recurrí al ruego, y con las expresiones más humildes le pedí de rodillas que prescindiera de un capricho que lo infamaba; que me dejara volver al seno de mi familia, pues así llamaba á la de mi padrino; y que si acaso lo hacía, en vez de conservar de él una memoria desfavorable, merecería mi más tierna gratitud; hice aún más procurando lisonjear su vanidad le dije estas mismas palabras: El hombre acostumbra á lidiar con las fieras, y á vencer á los demás hombres, ¿qué gloria puede prometerse en triunfar por la fuerza, de una débil mujer? Mis palabras fueron inútiles, pues sin responder á ellas hizo una seña á su hermano, y en el momento agarrándome aquel por la cintura y éste las manos, me precipitaron al suelo; pero al caer, haciendo yo un movimiento rápido logré desasirme.

Una lucha desigual mantuve mientras me quedaron algunas fuerzas; el despecho

me prestó una pujanza capaz de libertarme por algún tiempo de sus culpables atentados y mi defensa irritó á aquellos bárbaros, hasta el extremo de que uno de ellos me hirió con la hoja de su puñal por el costado derecho; entonces llegó á su colmo mi desgracia; el dolor, la fatiga, el espanto al verme bañada en sangre, me ocasionó un desmayo, que no sé cuánto duró. Cuando abrí los ojos fué para ver el abismo en que había caído”

La infeliz María quedó en silencio como agobiada por un recuerdo tan amargo; al fin volviendo á hablar con ironía dolorosa me dijo: y bien ¿me amas aún?—Pienso en vengarte, la respondí, en abrirles el pecho á esos infames, y sacarles el corazón.—Silencio, repuso ella, no más hablar de venganza: la justicia ha castigado á esos hombres, y por mi intercesión están ya libres; escucha el fin de mi triste historia.

“Permanecí en poder de aquellos bárbaros dos años siete meses; uno y otro de convenio aspiraban á mis caricias, y como siempre resistiera yo á las suyas, á sus más torpes halagos, sucedían el maltrato y la violencia.

“Desde el primer día, como debe suponerse, mi único pensamiento era fugarme; pero lo miraba como un imposible.

“Al fin Dios tuvo piedad de su pobre criatura: una noche ví que se abrían de pa-

en par las puertas de la que llamaba mi prisión, y en seguida reconocí á mi querido padrino, acompañado de unos soldados; no tardé en comprender mi dicha, me arrojé á sus brazos y quedé como infatuada por algunos instantes, por el exeso de la alegría; después miré á López y á su hermano amarrados en medio de los soldados, é inmediatamente saliendo de aquella estancia, de la cual no había salido un sólo instante desde la primera vez que entré á ella, y subiendo veloz al coche de mi padrino caminamos él y yo para Guadalajara, en cuya carrera supe que habiendo estado cercana al sepulcro por una enfermedad momentánea, la criada que me vendió á López declaró á mi padrino su infamia, y no perdonando éste medio para averiguar acertivamente mi paradero, y sabiendo que aquella hacienda era de los raptos, se dirigió á ella todavía en duda del buen éxito de su empresa; pero no obstante, prevenido para libertarme si por fin me encontraba allí.

“Cuando llegué á Guadalajara, como debe suponerse, busqué á mi madre, y tuve el dolor de saber que estaba en esta misma casa bastante enferma; al día siguiente vine á ella, donde efectivamente la encontré casi agonizante.

“Del resto de mi historia puede vd. más que yo ser el verdadero narrador,

“Por lo que toca al encuentro peligroso que ha tenido vd. esta noche, y por el que me he resuelto á contarle la historia de mis desgracias, creo á no duarlo que éste ha sido con López, que sabedor acaso de mi paradero, y habiendo concebido celos por las visitas de vd. ha intentado darle muerte, temiendo que tendría la generosidad de defenderme de sus criminales atentados.”

Así acabó la interesante María su tristísima narración; después imprimiendo por primera vez en su vida sus delicados labios contra mi frente humedeciendo mis mejillas con las lágrimas que derramaba, y rompiendo nuevamente el silencio, me dijo:—Juro por las cenizas de mi madre, en nombre del Dios que nos da la luz, que mi corazón no pertenecerá á otro más que á vd., y si me encontrara yo digna de su mano, el que me poseyera sería para mí el colmo de la felicidad; pero lo repito, ahora más que nunca es imposible.

En vano procuré disuadirla de su resolución; siempre me respondía con las protestas más puras de su amor; y afectando una festividad con la que pretendía ocultar á mis ojos un secreto dolor, que mal de su grado se revelaba á cada paso en sus interesantes miradas. Por último, cuando yo me despedí para volver al día siguiente, ella con una exaltación la más violenta, im-

primió sus labios contra los míos, pidiéndome que le repitiera que la amaba. Hicelo así mil veces, y otras tantas la estreché contra mi corazón. Entonces exclamó ella: “He aquí, Fernando, el momento más feliz de mi vida.”

Al separarme de su lado pronunció con un acento marcadísimo y lleno de expresión, tres veces la palabra—Adiós.... .

VIII.

Una exaltación extraordinaria experimenté después de haberme separado de María; la historia dolorosa que acababa de escuchar, la angustia que á pesar de sus esfuerzos revelaba á cada paso su fisonomía, todo reunido á la violenta pasión que tenía yo por ella me ocasionaron una turbación que rayaba en la demencia: el sueño huyó de mis ojos; una vigilia llena de presentimientos amargos fué precursora de una gran desgracia.

Al día siguiente, más temprano que nunca, corrí á la casa de mi querida; y cuando estaba en ella, después de haberla recorrido toda con la precipitación más activa, la encontré desierta: mis ojos, que vagaban por todas partes, hallaron una carta que estaba en una mesa, y abriéndola maquinalmente, leí lo que oírás, porque la tengo grabada fielmente en la memoria.

“Fernando: para ser digna del amor de vd., me ha parecido indispensable alejarme de su vista; en la tierra ya no nos volveremos á ver; pero hay un lugar destinado para los desgraciados, donde alguna vez estaremos juntos; conozco demasiado su modo de pensar, para creer que nunca me culpará de inconstante, y si me he resuelto á dar un paso tan duro, ha sido más que por virtud, por la estimación que hago de vd.; consuélase de mi ausencia, con la convicción, que no dudo tendrá de que lo amo, y lo amaré mientras viva.—María.”

Después de cuatro años que han pasado desde el día en que en el mismo sitio donde tú me encontraste esta tarde, en aquella casa hoy arruinada que estaba al frente de nosotros, encontré la carta que te acabo de relatar, recibí la que oirás:

“Convento de religiosas de” . . . En Gualajara etc.

Fernando: cuando tú recibas ésta, será cuando yo haya dejado de existir; cerca de cuatro años he estado ausente de tu lado, y eso me lleva al sepulcro, pues desde el día en que nos separamos, mi salud por mis padecimientos morales, comenzó á decaer.—Después de haberte probado mi fortaleza con mi manejo, te declaro con gusto que no habiendo tenido la villanía de abusar de tu pasión para contentar las mías, me resolví á pasar el resto de mi vida en el convento

de . . . desde donde te escribo, que á pesar de no haber tomado el hábito por la escasez de mis recursos, he hecho la misma vida austera y retirada que una religiosa, y que desde aquí no he cesado de bendecir al joven generoso, que olvidando mis extravíos ciertamente involuntarios, no vaciló un sólo instante en unir su suerte á la mía; pero yo correspondiendo á tu generosidad, quiero más bien padecer los más crueles pesares en tu ausencia, que abusar de tu amor: si, Fernando, la querida de unos infames, no debía ser la esposa de D. Fernando Castaños.”

Este fué el fin de la narración de Fernando: los López, según he sabido, expiaron en el patíbulo los crímenes que posteriormente á los acontecimientos de esta historia cometieron en varias partes de la República.

En cuanto á Fernando, no sé si recordarás haber leído hace pocos años en un periódico una noticia que recuerdo: á la letra decía así:

“Anoche, poco después de las oraciones se oyó en el cuarto núm. 6 del Mesón H. una fuerte detonación, acudió gente, y como estaba la puerta cerrada llamaron á la justicia, la que rompiendo la cerradura se halló en el cuarto, que estaba lleno de humo, el cadáver de un joven derribado en el suelo enmedio de un lago de sangre:

su agonía parece fué prolongada, y su rostro estaba desfigurado y desgarrado su vestido; antes de perpetrar su crimen quemó todos sus papeles, de los cuales sólo se han hallado uno que otro resto, por donde se viene en conocimiento que el nombre de este desgraciado era D. Fernando Castaños, y que tenía relación ó parentesco con una joven que hace pocos días ha profesado de religiosa en Guadalajara, según un aviso impreso que medio despedazado y lleno de sangre se halló entre las manos del cadáver. Se ignora la causa de este hecho atroz.”



ANGELINA

RAMON DE LA SIERRA.

En un día de Agosto de aquel año de 1812, en un cuarto de un convento de religiosas, se hallaba una joven de unos veinte años, de estatura mediana, de complexión débil, y de un color de rostro que daba lugar a creer que era enferma. Sus ojos eran azules y expresivos, su cuerpo era delgado y sus movimientos eran lentos y elegantes. En aquel momento estaba leyendo un libro de historia, cuando se abrió la puerta y entró una religiosa de un convento vecino. Esta religiosa, que era de un orden diferente, se acercó a la joven y le dijo: "¿Qué estás leyendo?" La joven respondió: "Un libro de historia." La religiosa continuó: "Ese libro es muy bueno, pero no debes leerlo demasiado tiempo, porque te va a hacer daño." La joven asintió con la cabeza y volvió a leer. La religiosa se fue y la joven continuó leyendo hasta que se hizo tarde. Entonces se levantó y se fue a su cuarto. En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre de unos treinta años, de estatura mediana, de complexión fuerte, y de un color de rostro que daba lugar a creer que era sano. Este hombre, que era un soldado, se acercó a la joven y le dijo: "¿Qué estás leyendo?" La joven respondió: "Un libro de historia." El soldado continuó: "Ese libro es muy bueno, pero no debes leerlo demasiado tiempo, porque te va a hacer daño." La joven asintió con la cabeza y volvió a leer. El soldado se fue y la joven continuó leyendo hasta que se hizo tarde. Entonces se levantó y se fue a su cuarto.